

"Octogesima adveniēns": en busca de la tercera vía entre marxismo y liberalismo

Por PEDRO URIARTE *

El juicio negativo de Pablo VI sobre las Ideologías marxista y liberal ¿podrá ser tachado legítimamente por los marxistas como una alienación, y por los liberales como una utopía?

Pablo VI, en la reciente carta apostólica dirigida al cardenal Roy dice: «El cristiano que quiere vivir su fe en una acción política concebida como servicio, tampoco puede adherirse sin contradicción a sistemas ideológicos que se oponen radicalmente, o en los puntos sustanciales, a su fe y a su concepción del hombre. En concreto, no se puede adherir a la ideología marxista, a su materialismo ateo, a su dialéctica de violencia y a la manera como ella entiende la libertad individual dentro de la colectividad, negando al mismo tiempo toda trascendencia al hombre y a su historia personal y colectiva; ni a la ideología liberal, que cree exaltar la libertad individual sustrayéndola a toda limitación, estimulándola con la búsqueda exclusiva del interés y del poder, y considerando las solidaridades sociales como consecuencias, más o menos automáticas, de iniciativas individuales y no ya como un fin y un criterio más elevado del valor de la organización social» (n. 26).

Desde la perspectiva de la fe, señala dos límites extremos, que no han de ser traspasados por la adhesión del creyente: la ideología marxista y la ideología liberal.

Al juzgar Pablo VI dichas ideología desde la perspectiva exclusiva de la fe —rompiendo así la línea más sociológica que seguía en la carta cuando ha tratado, por ejemplo, los temas del urbanismo, de la juventud o de la mujer—, el no-creyente puede preguntarse si no se encuentra ante una tercera ideología sin base científica y el creyente puede preguntarse si el juicio papal también puede ser discutido, explicado y aun probado científicamente.

* Profesor en el Instituto de Ciencias Sociales, Universidad de Deusto, Bilbao.

Dicho de otra manera: el juicio de Pablo VI sobre las ideologías marxista y liberal ¿podrá ser tachado legítimamente por los marxistas como una alienación y por los liberales como una utopía?

Con su juicio, Pablo VI pone dos límites a la adhesión del creyente: el del colectivismo y el del individualismo a ultranza. Por ello mismo, se puede decir que se muestra partidario de una tercera vía. Pero, en cualquier caso, no dice cuál sea ésta.

Es cierto que ve que «hoy día los cristianos se sienten atraídos por las corrientes socialistas y sus diversas evoluciones» (n. 31). Pero su postura es más prudente: «frente a situaciones tan diversas, nos es difícil pronunciar una palabra única, como también proponer una solución con valor universal. No es ésta nuestra ambición, ni tampoco nuestra misión. Incumbe a las comunidades cristianas analizar con objetividad la situación propia de su país, esclarecerla mediante la luz de la palabra inalterable del Evangelio, deducir principios de reflexión, normas de juicio y directrices de acción según las enseñanzas sociales de la Iglesia...» (n. 4).

Como creyente, acepto la invitación de Pablo VI y paso a hacer la reflexión sobre la problemática por él planteada: la tercera vía ¿es una alienación, es una utopía, o es una exigencia de la realidad?

Ahora bien, como quisiera que la reflexión fuese válida aun para el no-creyente, sea éste o no liberal o marxista, no la haré a partir de mí fe.

Por otro lado, como las dos ideologías se han objetivado en dos sistemas económicos, la reflexión la centraré en el sistema capitalista y en el sistema marxista, en especial en su prototipo, el sistema soviético.

¿SISTEMAS CONVERGENTES?

Hoy se discute si el sistema capitalista y el sistema marxista son dos sistemas convergentes.

Un economista, dentro del sistema capitalista, como es J. K. Galbraith, descubre, por ejemplo, un acercamiento de los sistemas soviético y occidental, tanto porque los sistemas económicos de tipo soviético retornan a las relaciones de mercado, como porque los sistemas de tipo capitalista aplican la planificación (1).

Un economista, esta vez marxista, como Ota Sik, en un diálogo tenido en septiembre de 1970 en Madrid, declarará: «Nosotros no consideramos como una única alternativa la elección entre el socialismo actual y el capitalismo de hoy, sino que estamos convencidos de que tiene que existir un nuevo camino que, en mi opinión, no sólo los países del Este, sino también los países occidentales habrán de recorrer más o menos temprano... Si en el Oeste se ha de realizar una socialización progresiva y desarrollar una planificación de la economía nacional, cosa que ya viene progresando, y se conserva el mercado; y si en el Este se produce una modificación de forma en la propiedad

(1) El nuevo Estado Industrial, Barcelona, 1967. Ediciones Ariel.

socialista y una modificación del carácter de la planificación mediante la restauración del mercado, esto equivale en el fondo a la convergencia de fenómenos...» (2).

R. Aron será más prudente en su juicio. Como sociólogo, no admite una evolución lineal, puesto que unos factores innovadores pueden desviar la marcha actual, forzar un movimiento zigzagueante y pendular, y tratándose de un proceso en el que los hombres están tan fuertemente implicados, pueden llegar a producir hasta una regresión. Su opinión es que ciertamente el futuro de la economía de occidente no está en el régimen soviético, pero cree, por otro lado, que sería demasiado optimista considerar que necesariamente la economía soviética vaya a aproximarse a las economías occidentales y en consecuencia que se podría predecir una reconciliación que permitiera descubrir el carácter ilusorio de los conflictos ideológicos (3).

Los ideólogos de uno y otro sistema rechazan, en cambio, esta convergencia. Y pesan en las decisiones, como nos lo ha insinuado Aron.

El marxista V. A. Cerpakov, por ejemplo, atacará a la ya inútil teoría de la hibridación, según la cual el capitalismo asume algunas de las características del socialismo, mientras que el socialismo va hacia el capitalismo. Esa pseudo-teoría, lanzada para minar las ideas del socialismo, no tiene correspondencia con la realidad de los hechos (4).

Por su parte, G. N. Halm se pregunta si las economías de mercado y las economías planificadas convergen. Admitiendo unas semejanzas superficiales en el crecimiento por razón de utilizar ambos sistemas parecidos instrumentos, Halm opina que si la convergencia significa una simbiosis del mercado y de la planificación centralizada, de tal manera que el nuevo sistema llegara a combinar lo que es bueno y a eliminar lo que es malo en los sistemas puros, entonces la convergencia no progresa. Los conatos de descentralizar el plan o de controlar centralmente el mercado acaban en unas economías, donde todo se mezcla sin sentido y ya no se sabe por quién están guiadas, si por una comisión central o por una decisión individual (5).

Diversidad, por tanto, de opiniones según la perspectiva en que cada uno se coloca: los economistas dirigen sobre los hechos una mirada técnica, prescindiendo de los aspectos ideológicos; el sociólogo trata de relacionar las realidades técnicas con las realidades ideológicas; el marxista y el liberal, por fin, sin ignorar los datos técnicos, no los valoran sólo en lo que son, sino con el sentido que les da la ideología: las semejanzas superficiales y externas se les presentan como un hibridismo o eclecticismo, que ocultan una discrepancia radical.

¿Cuál es ésta?

El hombre y el grupo humano son los sujetos activos y pasivos de la economía con una actividad que no sólo no les deja fuera, sino antes bien, les inserta e inmerge en lo más medular de ella. Las concepciones que se tengan del hombre y del grupo humano marcan las pautas ideológicas y las pautas

(2) *Actualidad Económica*, Septiembre 1970, núms. 653, 654 y 655.

(3) R. Aron: *La lutte de classes*, Paris, 1964, Editions Gallimard.

(4) *Información Comercial Española*, Mayo 1969, núm. 429.

(5) G. N. Halm: *Will Market Economies and Planned Economies converge?*, en el libro *Road to Freedom*, editado por F. Sirelsler, New-York, 1968. A. M. Kelley Publishers.

No faltan, sin embargo, en estos últimos tiempos algunas escuelas como la que promueve F. Perroux, quien, al considerar a la sociabilidad como una de las tantas fuerzas productivas, propugna que sea integrada en los modelos económicos. Para él, siendo el hombre como es un ser ego-alocéntrico, la trama compleja y global de la actividad económica está tejida de la coacción, del cambio y del don. Rechazando, por tanto, que las motivaciones del hombre sean únicamente las egoísta-antagónicas supuestas en un mercado monopolista y las puramente egocéntrica-contractuales supuestas en un mercado de competencia perfecta, resalta también las motivaciones alocéntricas que se manifiestan por el don.

La dirección de la evolución en el concepto del hombre dentro del sistema capitalista es clara:

1. Se inicia con un hombre individualista no exento de una cierta sociabilidad, que le lleva a desear la armonía de sus intereses con los de la sociedad.
2. Se acentúa con exclusividad el individualismo en un hombre egoísta y calculador.
3. Sin llegar a aceptar en el hombre la tensión equilibrada entre sus tendencias egocéntricas y las tendencias alocéntricas, los economistas reforman la teoría económica—el sistema económico capitalista—, a favor de una lenta y progresiva socialización.

Es, por tanto, una evolución lineal, primero hacia el egoísmo individual que alcanza su punto máximo con el marginalismo, y a partir de éste hacia una socialización, que todavía no ha superado la fase de contractualidad.

EN EL MARXISMO

La evolución dentro del marxismo es más pendular.

En el mismo Marx, de sus escritos de juventud a sus escritos de adultez, hay un deslizamiento que va desde el individuo concreto hasta la clase y la totalidad. El hombre sería, entonces, el conjunto de relaciones sociales, y en su conciencia se reflejaría su existencia social.

Prescindiendo, ahora, del análisis de lo ocurrido en la I y en en la II Internacional, y fijándonos sólo en el sistema soviético, se descubren en éste diversas fases:

1. Control y autogestión obrera de la industria y explotación privada en la agricultura.
2. Nacionalización de la gran industria y primera colectivización de la agricultura, año 1919. El capitalismo de Estado queda identificado con el colectivismo integral.
3. Marzo 1921, puesta en marcha de la Nueva Política Económica, y con ella vuelta atrás hacia el individualismo capitalista en la agricultura y en la industria pequeña.

4. 1928, se decreta la colectivización de la agricultura y se prepara el primer plan quinquenal, como preparatorio para salir de la dictadura del proletariado y entrar en la sociedad socialista.

El protagonista de esta fase es Stalin. Este llevará al colectivismo a su más alta cima y a su máxima contradicción. Primero, porque la colectivización de las fuerzas productivas y la masificación de los individuos atomizados por el terror se extiende por lo ancho y lo largo de Rusia, estando ambas centradas en el egoísmo más profundo de un individuo. Segundo, porque los comunistas, rusos y no rusos, agrupados en la Komintern, se convirtieron en adoradores de un individuo-fetiché, sobre el que proyectaron la representación autorizada de toda la colectividad socialista.

5. A partir de la muerte de Stalin, en el ámbito internacional: ruptura del monolitismo comunista, crecimiento de la autonomía de los diversos partidos, aceptación de que no existe ningún dirigente del movimiento comunista internacional; en el ámbito interior, se reconoce una cierta autonomía a los kolkhozes agrícolas; en 1965 se reconoce una cierta autonomía ejecutiva a las empresas aun cuando siempre dentro del plan; en 1971, a raíz del XXIV Congreso, crece la importancia relativa dada a los bienes de consumo. Vuelta, por tanto, hacia el individualismo.

Estos y otros zig-zag de la praxis no han podido menos de impactar a la teoría, y ya muchos marxistas, sin abandonar el concepto de totalidad socialista, dejarán de hablar del humanismo de clase, esto es, del socialismo a secas, para defender un socialismo en el que se realice también el humanismo de la persona concreta.

La dirección de la evolución en el concepto del hombre y del grupo dentro del sistema marxista es pendular:

1. En la teoría primera se inicia con el hombre concreto y se termina con la clase.
2. En la trayectoria zig-zagueante de la praxis se culmina con Stalin en un socialismo creado por el terror y racionalizado con el culto de una persona.
3. A partir de ahí se inicia una dispersión descentralizadora y autónoma que, sin abandonar el socialismo, obliga a tener en cuenta al individuo, tanto en la praxis como en la doctrina.

Recogiendo ahora los resultados de la reflexión psico-sociológica sobre los sistemas económicos, capitalista y marxista, tenemos que:

1. Mientras en el sistema capitalista el concepto del hombre se mantiene individualista, pero ya ese individuo no es el «homo oeconomicus», sino un hombre más socializado que tiene en cuenta el bien público, en el sistema marxista el concepto del hombre se mantiene socialista, pero en la sociedad socialista adquiere más importancia el individuo.

2. Por tanto, con una evolución más lineal en el sistema capitalista y más pendular en el sistema marxista, se puede hablar de una cierta convergencia psico-sociológica en los dos sistemas.

2. Si el sistema socialista del marxismo evoluciona hacia el individualismo, ello es debido a que el hombre no es un conjunto de relaciones sociales únicamente, sino además un individuo egocéntrico que busca su propia autorrealización personal.

EGOCENTRISMO Y ALOCENTRISMO

Avanzando aún más en la reflexión, podríamos preguntarnos en qué grado están dosificados en el hombre el egocentrismo y el alocentrismo, para, en función de él, tratar de construir un nuevo sistema económico que fuese una tercera vía entre el capitalismo y el marxismo, puesto que ambos son frustrantes y opresores del hombre.

La respuesta a esta pregunta habría que lograrla mediante una encuesta sociológica. A falta de ella, podemos guiarnos por lo que nos dice la psicología genética. Piaget, por ejemplo, resume así el proceso evolutivo desde la infancia hasta la juventud: «Podemos observar, como conclusión, la unidad profunda de los procesos que, desde la construcción del universo práctico, debido a la inteligencia sensorio-motriz del lactante, pasando por el conocimiento del universo concreto debido al sistema de las operaciones de la segunda infancia, desembocan en la reconstrucción del mundo por el pensamiento hipotético-deductivo del adolescente. Hemos visto cómo estas construcciones sucesivas han consistido siempre en descentrar el punto de vista inmediato y egocéntrico del principio, para situarlo en una coordinación cada vez más amplia de relaciones y de nociones, de tal manera que cada nuevo agrupamiento terminal integrará más la actividad propia adaptándola a una realidad cada vez más extensa. Ahora bien, paralelamente a esta elaboración intelectual, hemos visto a la afectividad liberarse poco a poco del yo para someterse, merced a la reciprocidad y a la coordinación de los valores, a las leyes de la cooperación. Naturalmente, la afectividad es siempre la que constituye el resorte de las acciones, de las cuales, a cada nuevo nivel, resulta esa ascensión progresiva, ya que es la afectividad la que asigna un valor a las actividades y regula su energía. Pero la afectividad no es nada sin la inteligencia, que le procura los medios y le ilumina los objetivos» (11).

Según Piaget, tanto al nivel de los procesos intelectuales como al de los procesos afectivos, la primera fase por la que pasa el niño es de egocentrismo, y sólo más tarde se abrirá a horizontes cognoscitivos más amplios y a la socialización afectiva.

Ahora bien; ¿qué garantía hay de que el joven llegue a desarrollarse mental y afectivamente y llegue a transformarse en un adulto maduro? Cualquiera que sea la respuesta hace temer que en el hombre real predominarán los elementos egocéntricos sobre los alocéntricos.

Estos, tratando de emerger, encontrarán las resistencias y los frenos de un egocentrismo mental y afectivo que ya se había desarrollado con anterioridad. Por ello, aunque haya que aceptar en el hombre la existencia del egocentrismo y del alocentrismo, la emergencia de este último es más aleatoria que la del egocentrismo.

(11) J. Piaget: *Seis estudios de Psicología*. Barcelona, 1968, Editorial Seix Barral, S. A., páginas 106-107

Una conclusión, secundaria para la psicología, pero no para la reflexión que estamos haciendo sobre los sistemas económicos, es que el desarrollo de la personalidad desde el egocentrismo hacia el alocentrismo está, en cierto grado, correlacionado con la evolución que sigue el sistema capitalista. Dicho de otra manera, desde la perspectiva de la psicología este sistema sería más natural que el sistema socialista.

¿Llegaríamos a esta misma conclusión, si hiciéramos la reflexión a partir del grupo? La respuesta a esta pregunta supone definir qué es el grupo.

Prescindiendo de dos concepciones ya superadas: el grupo es la suma de los individuos, el grupo tiene una entidad supra-individual, se pueden discutir dos concepciones intermedias: el grupo son dos o más personas que se interaccionan, o es una totalidad cuya infraestructura económica absorbe y asimila a los hombres.

En el primer caso, los sujetos de la historia serían los hombres no aislados sino interaccionándose de tal manera que de su individualismo inicial se fueran abriendo hacia la socialización. En el segundo caso, el sujeto de la historia sería el grupo, dentro del cual el hombre se encontraría plenamente socializado de tal manera que en caso de que emergiera el fenómeno del hombre psicológico habría que atribuirlo más a las condiciones alienantes que a una necesidad dialéctica.

Una discusión total nos llevaría muy lejos. Por ello podemos centrar la reflexión en uno de los pilares básicos del colectivismo, cual es la afirmación hecha por Marx en el prefacio de la *Contribución Crítica de la Economía Política*: no es la conciencia de los hombres quien determina su existencia, antes al contrario, es su existencia social quien determina su conciencia.

Esta afirmación, suavizada por otras ideas de Marx y Engels, por lo menos vendría a significar que en la interacción entre la superestructura y la infraestructura, ésta acaba siempre predominando. Lo cual supone que el hombre es un ser asimilado por la infraestructura y la emergencia de su conciencia individual—de su psicología—, es más bien el resultado de condiciones alienantes.

Sin embargo, no parece que la conciencia de los hombres esté determinada por su existencia social. Por lo menos no nos dice esto la psicología genética cuando descubre en el niño una primera fase de asimilación subjetiva, que sólo más tarde será compensada por una acomodación a la realidad (12). Tampoco nos lo dice la Psicología Social cuando descubre que las actitudes del hombre, aun cuando condicionadas por los datos de la realidad, más bien son el reflejo de la personalidad de los individuos (13). Y tampoco la Sociología del conocimiento, cuanto tratando de la problemática sobre la relación entre las ideas y el contexto social, aun insistiendo en el influjo del ambiente en el mismo desarrollo ontogénico del hombre, no puede menos de tener en cuenta que cada hombre tiene una vida individualizada y capta al mundo circundante con gran subjetivismo. Berger y Luckman, por ejemplo, señalan que, teniendo en cuenta la existencia de los tres momentos dialécticos: externalización, objetivación e internalización, se puede afirmar que la sociedad es un producto hu-

(12) J. Piaget: *Ibidem*, en el primer estudio.

(13) D. Kroch, R. S. Crutchfield, E. L. Ballacoby: *Psicología Social*. Madrid, 1965. Biblioteca Nueva, págs. 191-217.